

843

M.

PQ 2625

VE 53

L 4-8

V. 1

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE E

N
Núm. Clas. _____
Núm. Autor M 5672
Núm. Adg. 30559
Procedencia -8-
Precio _____
Estad. _____
Clasific. _____
Catalogó _____

LA LEYENDA DE CHEVAGNES

EN EL MORVAN.

I

Hay todavía en Francia algunas provincias, cuyo salvajismo puede rivalizar con el del más inculto rincón de nuestro planeta.

Esta era al menos una verdad como un templo hace veinte años.

Hoy es cuestión que se presta á grandes discusiones.

Algunos caminos de hierro, de interés electoral, han penetrado en esas soledades y atraviesan melancólicamente lugares pantanosos, miserables, cuyos escasos habitantes son rebeldes al tráfico y á los viajes.

La comarca gana en comodidades lo que pierde en belleza.

Morvan es, sin disputa, el rey de esos países de lobos.

Al abandonar los ricos cantones de la Nievre para tomar el camino de Autun ó de Chateau-Chinou, queda uno sorprendido por el

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

cambio brusco del territorio que marca el límite entre el opulento país que se deja y el pobre donde se penetra.

La línea divisoria está tan claramente marcada, que es imposible equivocarse.

Del lado de Corbigny, de Saint-Saulge, de Brinon y de Guipy, se atraviesa por abundantes pastos, donde robustos y blancos bueyes, esos que también copian Troyon y Rosa Bonheur, arrastran el arado con la lenta y resignada majestad de la fuerza laboriosa; se admiran cereales en abundancia y frondosa vegetación.

En una palabra, la riqueza y el bienestar, reinan allí.

Los habitantes son vigorosos y de elevada estatura, como los normandos.

Las gentes de la comarca dicen, mirando con envidia á los niverneses:

—¡Son como el calizo!

El calizo, es decir, la tierra pródiga, generosa, que enriquece á sus moradores, da fuerzas á los hombres y á los animales; en fin, la madre bienhechora del trabajador, á quien remunera con largueza sus fatigas.

Y volviéndose del lado de Morvan, exclaman:

—¡Son como el granito, el suelo ingrato, duro, donde el trabajo es áspero y fatigoso é incierto el jornal; donde todo es árido y pobre, huesoso y debil, la tierra y sus cultivadores, los bueyes y sus dueños, el pastor y el rebaño.

Era el año de 1867.

El segundo imperio estaba en todo su apogeo.

El coloso, con piés de arcilla estaba en pié, y no había experimentado aún los reveses de la fortuna.

Todo le sonreía.

La tierra sudaba oro por todas partes, en las labores y en los prados, en la mina y en la herrería, en la viña y en la selva.

Nada hacía presagiar los desastrosos sucesos que sobrevinieron luego.

En el centro de Morvan, poco más ó menos á mitad del camino entre Montsanche y Moulins-Eugilbert, se levantaba entonces un castillo muy importante y antiguo, edificado en el centro de una finca de más de siete mil hectáreas, compuesta exclusivamente de bosques.

Esta finca se llama Chevagnes.

Desde hace siglos pertenece á los marqueses de Taunay, los mayores de la familia Taunay-Coulanges, como les llaman en Nivernais, para distinguirlos de sus primos los Taunay-Chatillon ó los Taunay-Montambert.

El castillo, sin arquitectura marcada, no ofrecía nada de notable, como no fuera su mole.

Chevagnes pertenecía, en el momento en que comienza este relato, á un anciano octogenario, el marqués Huberto de Taunay-Coulanges, célebre en el mundo parisiense, y que se había refugiado en él diez años antes, como un eremita, en su gruta.

Tenía por único heredero á un nieto, el con-

de Oliverio de Taunay, al cual no tardaremos en conocer.

Era, además, tutor de una huérfana poderosamente rica, Elena de Rochevieuille, su sobrina, hija del barón de Rochevieuille, muerto doce años antes, después de haberle precedido la baronesa, víctima de una traidora afeción al pecho, adquirida en las veladas y demás fiestas del gran mundo.

Elle aimait trop le bal, c'est ce qui l'a tué.

(El baile le gustaba demasiado, ¡y el baile la mató!)

Comenzaba el mes de junio.

Eran las diez de la mañana.

Una joven de diecinueve á veinte años abrió una de las ventanas del primer piso, perteneciente á uno de los pabellones del extremo del castillo, hácia Poniente, y se asomó.

De aquella joven no se podría decir que era una belleza.

Era mas bien baja que alta; y aprisionaba su flexible talle con un corpiño de lana gris, muy sencillo, adornado con puños y cuello de terciopelo color oscuro.

Sus negros y hermosos ojos de conmovedora y triste expresión, orlados de negras pestañas, respiraban bondad, debilidad mas bien.

Su tez, de suyo pálida, lo parecía mas aun por el contraste del hermoso y castaño cabello, cuyos rizos caían sobre la frente; y el pei-

nado lo formaba un ancho retorcido, sujeto con una cinta negra.

Permaneció un instante contemplando extasiada el esplendoroso panorama que se ofrecía á su vista.

Se distinguía á lo lejos la veleta de la iglesia de Chevagnes, rodeada de casitas, habitadas por campesinos.

Para ir del castillo á la iglesia era preciso recorrer cerca de una legua de la misma finca.

En las vacaciones del año anterior salió del convento de Nevers, donde si tío la habia tenido durante su adolescencia, Elena de Rochevieuille, y salió para no volver á entrar. Había terminado su educación.

El anciano la tuvo á su lado. Y no hizo esto á humo de pajas. Delicada y dulce, como ya hemos indicado, llevaba con gusto aquella existencia monacal, por nada turbada.

Esta monotonía solo dejaba de existir durante los viajes del conde Oliveiro de Taunay y también durante las visitas de los que habitaban los castillos vecinos, quienes eran acogidos con la espléndida hospitalidad que permitía la gran riqueza del anciano marqués.

De algun tiempo á esta parte, el conde Oliveiro, que rara vez abandonaba ántes su magnífico hotel de la avenida Matignon, iba con frecuencia á Chevagnes y permanecía allí más gustoso y por más tiempo que en otras ocasiones.

Elena hubiera podido sospechar que ella

era la causa de semejante cambio, y hasta lo sospecharía quizás; pero desde luego ni se envanecía ni regocijaba por ello.

Pronto sabremos á qué obedecía semejante mudanza.

Cuando más absorta se hallaba, entregada á sus ensueños, un hombre, joven aun, salió de la planta baja del edificio, bajó la escalinata y al pasar cerca del balcón á que estaba asomada la joven, levantó la cabeza.

—Buenos dias, Elena.

—Buenos dias, primo.

—¿Ya levantada?

—¿Y vos?

—Voy á vagar por el campo.

—Muy poético estais Oliverio.

—Dadme una rosa, os lo ruego.

Ella alcanzó una del rosal, cuyas ramas se entrelazaban á los hierros del balcón, y se la arrojó.

El la recibió, colocóse la en el ojal de su chaquetón de terciopelo negro, saludó sonriendo á Elena y se fué.

Si hubiera podido ver más allá de la doble hilera de árboles que se interponía entre ella y el de la chaqueta negra, hé aquí lo que hubiera visto.

II

El conde Oliverio de Taunay, puesto que no era otro que él, anduvo con paso rápido cerca de dos kilómetros á través del bosque, sobre la vertiente que se extiende frente

al campanario de Chevagnes, y tomando hacia la izquierda, hallóse en otro valle, bañado por otra corriente de agua.

Á orillas del pequeño estanque había una casita de un solo piso, como si dijéramos acurrucada en el fondo del valle, entre el bosque y el agua.

El paraje en que estaba situada esta poética vivienda, cubierta de enredaderas, era encantador.

Lugar conocido por el Gue-aux-Biches.

Al llegar al borde del estanque, el conde se ocultó detrás de un viejo roble, que no podía ya con el peso de los años. Y oculto allí, aguardó.

Llevaría en aquel sitio cinco minutos escasos, cuando un hombre que calzaba polainas y llevaba la carabina al hombro, apareció en el dintel de la puerta.

Una placa de plata adherida á la bandolera, ostentaba las armas de los Taunay. El traje era de paño azul.

Después de lanzar un silbido, acercósele, andando lentamente, un hermoso perro.

El hombre se llamaba Lucas Fargeas, y era uno de los guardas de la finca, que en aquel instante se ponía en camino para empezar su ronda por el territorio.

Lucas era bajo y rechoncho. Tendría unos cincuenta años.

Para trazar su retrato, diremos que la cabeza era cuadrada, el cuello musculoso, la frente ancha y abultada; el cabello rojo, las cejas levantadas, los ojos redondos y salto-

nes, pero expresivos; la nariz aplastada; los labios gruesos y las mandíbulas acentuadas; la barba corta y ancha; el color moreno; curtido el cutis por el aire y el sol del campo. Este es el personaje que se hallaba al servicio de los Taunay, y cuyo puesto habían ocupado, desde más de un siglo, sus antepasados.

—Cinco minutos después, mientras Lucas se alejaba tranquilamente á través de los bosques, tarareando una canción de caza, confiado y feliz, puesto que no tenía otra ambición que la de vivir como sus predecesores en aquella finca de la que disfrutaba tanto como el mismo marqués; cinco minutos después, repetimos, una mujer salía á su vez con paso ligero de la misma vivienda y llevando una cesta al brazo.

Esta mujer, ataviada con una falda corta á rayas grises y negras, y con un pañuelo á la cabeza, como lo usaban las bordelesas, aun cuando pudiera ya tener cuarenta años, no los representaba.

Apresurémonos á decir que era la señora Fargeas.

Su fisonomía no era del mismo país que la de su marido.

Si la del guarda era defectuosa, grosera, inculta y dura, la otra era viva, sonriente y simpática.

La señora Fargeas era de baja estatura y morena. El cabello, que parecía de brillante azabache, coronaba su rostro, perfectamente ovalado como el de una estatua griega.

La edad marcaba ya su huella en aquél cutis, sólo comparable al de las sicilianas.

De cerca hubiérase podido observar que comenzaba á tener algunas arrugas en la frente y junto á los ojos. Los labios carecían de la frescura de los veinte años: pero el conjunto era todavía atractivo y hablaba muy en favor de la pasada belleza.

Si la realidad tendía á desaparecer, el recuerdo, en cambio, no podía ser más patente.

La señora Fargeas había sido muy hermosa, en efecto.

Era natural de Córcega.

Lucas Fargeas, de guarnición en Sartene, donde cumplía el tiempo de servicio, casó con ella veintitres años antes del en que comienza este relato.

Llamábase Catalina Ricci, y pasaba, cuando se casó, por la muchacha más hermosa del cantón.

Pero era pobre como los pobres de Córcega, esta isla extraña y magnífica; quiere esto decir que no poseía ni una pulgada de terreno, ni un castaño, ni una choza, ni una cabra, ni nada, en fin.

Se dirigió camino del estanque, ganó un sendero pedregoso que desemboca en la pendiente opuesta á la en que había desaparecido Lucas Fargeas, y desapareció también hacia el pueblo de Chevagnes.

Entonces, y como si hubiera estado esperando que Lucas y su mujer se ausentaran, el conde salió de su escondite, y tomando por un sendero trazado á orillas del

agua, encaminóse hacia la casa del guarda. El conde Oliverio era un robusto joven de veintinueve á treinta años y se distinguía por su elegante y atractiva figura.

La chaqueta de terciopelo negro realzaba la belleza de su rostro, de fresco y blanco cutis como el de una mujer.

Un sombrero de fieltro, color gris, completaba el atavío y sentaba muy bien á sus abundantes cabellos de color castaño claro.

Frente alta, barba sedosa, nariz recta, mirada límpida, atrevida y bastante dura si se la observaba atentamente; el cuerpo flexible y robusto á la vez. Esta podría ser su filiación.

En París pasaba por un joven á pedir de boca, un perfecto hombre á la moda.

Era maestro en el manejo de las armas.

Osado caballero, valiente jugador, hombre ingenioso y cínico, no reconocía otra ley que su capricho, ni otro Dios que el placer, sin escrúpulos ni prejuicios, pródigo al extremo de derramar á manos llenas el oro que su abuelo economizara, personificaba á maravilla la época que precedió á la gran revolución, y que va desapareciendo á pasos agigantados para hacer sitio al banquero enriquecido, al *parvenu*, que es á un tiempo mezquino y fastuoso, al tendero millonario que, á pesar de su lujo, conserva el perfume del mostrador y de la trastienda, sin poder desterrar sus antiguas costumbres.

Con un flexible bastoncillo en la mano, subió los dos escalones que lo habían de conducir á la casucha de los Fargeas.

La puerta estaba abierta.

Oliverio llamó suavemente.

— ¡Solange!

Nadie contestó.

Llamó nuevamente y con más fuerza; pero no satisfecho con esto, penetró en la casa.

Hallóse en una sala muy espaciosa.

Colocada en el centro, se veía una sólida mesa de aya.

Algunas sillas de junco, otros varios trastos de madera, cacerolas de bronce y de cobre, colgadas en la pared y sobre la chimenea, y algunos fusiles colocados en hilera, en una especie de armero, completaban el mobiliario.

Un reloj de pared, colgado en un rincón, dejaba oír el acompasado tic-tac de la péndola.

La casita no se componía más que de dos ó tres habitaciones bajas que rodeaban á la sala.

Y en el fondo estaba la escalera que conducía al molino.

El conde, muy intrigado al hallar la casa vacía, comenzaba á experimentar verdadera contrariedad.

Si de un año á entonces hacía tan frecuentes viajes á Chevagnes, tenía para ello poderosas y particulares razones, que se guardó muy bien de revelar á nadie.

Esos viajes no eran precisamente para cumplir deberes de familia, pues rara vez (¡ fuerza es decirlo!) se ocupaba de su prima.

Elena, que á los diez y nueve años, seguía

siendo para él la colegiala mal vestida, con los dedos manchados de tinta y desgarbada que conoció cinco ó seis años antes.

La primera impresión difícilmente se borra.

Era, pues, otro imán el que le atraía á Chevagnes y lo retenía allí.

En el colmo de la impaciencia, golpeó en la mesa con el bastón, como los caballeros y los militares de teatro llaman al hostelero para que les sirva de beber.

Entonces llamó su atención un leve ruido que parecía responder á su llamada.

Este ruido partía de la habitación situada al extremo de la casa, del lado del jardín.

El conde Oliverio sabía lo que deseaba saber.

El pájaro que perseguía no había volado, según temió él en un principio.

Volvió, andando de puntillas, hacia la puerta de la cocina, y la cerró, echando el cerrojo.

Una vez tomada esta precaución, se acercó á la mencionada habitación y llamó de nuevo:

—¡Solange!

Una voz muy conmovida, y cuyo temblor revelaba verdadero miedo, respondió:

—¡Señor conde!...

—¿Por qué te escondes?

—No me ocultó, no, señor.

—¿Qué haces, pues?

—Me estoy vistiendo.

—¡Tan tarde!

—Tengo que salir.

—¿Dónde está tu padre?

—En el campo.

—¿Y tu madre?

—Se acaba de ir al pueblo.

—¿Luego estás sola?

A esta pregunta, la voz tornóse mas temblorosa y murmuró:

—Sí, señor.

—¿Y tambien vas á salir?

—Es preciso.

El conde se echó á reir con una risa nerviosa y forzada.

—Vamos—dijo,—todos se van al campo hoy... Abre.

—Enseguida—repuso la pobre niña, cada vez más asustada.

—Ahora mismo. Tengo prisa. Necesito regresar pronto al castillo, y tengo que decirte antes dos palabras.

Oliverio trató de empujar la puerta.

Ella resistió. El cerrojo estaba echado, pero esta vez del lado de la sitiada.

Oliverio no era muy paciente, y las resistencias tenían el privilegio de enardecer sus deseos.

Hizo un nuevo y poderoso esfuerzo, y la puerta, que era bastante frágil, cedió y abrióse de súbito. El enmohecido cerrojo, arrancado de su sitio, rodó por el suelo.

Solange Fargeas, sorprendida en el momento mismo en que se abrochaba el cuerpo del vestido, lanzó un grito y se refugió cerca de la ventana.

El conde sonreía.

—¡Ah!—exclamó, sentándose en la única silla que había en la habitación—henos ya en nuestro sitio. ¡Dios! Lo siento mucho, pero...

—¿Qué queréis?—preguntó ella.

—Ya lo ves: hablarte.

La hija del guarda y de Catalina era, realmente, una maravilla.

Solange Farges era alta, pero no del todo desarrollada aún.

No llevaba adorno ninguno en la cabeza; el cabello era de color castaño y tenía vetas rojas que le daban un atornasolado y precioso matiz.

Tenía la misma edad de Elena de Rocheville.

Azules, oscuros, casi negros, eran los ojos, que brillaban como dos brasas de fuego en su blanquísimo rostro, pálido, al extremo de que parecía no tener un átomo de sangre en las venas.

En pie, temblorosa, no hizo el menor movimiento, y esperó.

—Tú no ignoras que te adoro—repuso el conde con algo de burlona impertinencia. Hace seis semanas que te repito esto mismo todos los días y en todos los tonos. Y no es precisamente por el palmito de las maritornes del pueblo, por lo que permanezco aquí tanto tiempo... Es por ti, sólo por ti. Eres una muchacha encantadora, y si quisieras no te ajarías en este rincón del mundo sin nadie que sepa admirar tu belleza... Tu sitio es otro: es París, la luz, el resplandor de las

lámparas, que se reflejan en miles de espejos; debes vivir entre doradas molduras y pisar magníficas alfombras; debes vestir soberbios trajes de larga cola y lucir ricas alhajas en el cuello, en los brazos, en las manos y en las orejas. Antes de seis meses estoy seguro de que serías otra mujer; es decir, la más elegante de las parisienses, una princesa de aquellas de los cuentos de hadas.

—No puedo.

—Sí, ya lo sé—dijo él desdeñosamente.—

Vicente me ha enterado en dos palabras de tus asuntos. Estás enamorada, según parece, de cierto rústico que te plantará en cuanto haya logrado lo que desea.

—Roman Tremor es un hombre honrado que jamás me ha dicho nada que sea ofensivo—contestó ella con viveza.

—No lo dudo; pero el campesino, por regla general, es interesado, y tú no tienes un céntimo, ¡pobre niña mía! Y este es un gran obstáculo. Vivimos en plena época de positivismo. Me refiero á los demás; puesto que yo siento verdadero desprecio por el dinero.

Oliverio trató de sujetar á Solange para atraerla á sí. Ella resistió y se alejó, dando dos ó tres pasos.

Lo reducido de la estancia no le permitía ir más léjos.

—Os lo ruego, señor conde, dejadme. ¡Si mi padre entrara!—exclamó ella.

—No entrará. De ello cuida maese Labranche, su jefe; que se lo llevará del lado opuesto. Puedes estar tranquila.

Esta afirmación no tranquilizó á Solange. Antes por el contrario.

Sus dedos se crisparon de cólera, y buscó con la mirada un arma cualquiera para poder defenderse con ella.

No halló ninguna.

De unos días á esta parte se hallaba sumamente inquieta,

Al principio acogió con secreta satisfacción las atenciones y galanterías del conde, que iba con mucha frecuencia á *Gue-aux-Biches* bajo cualquier pretexto.

¿No era él el amo de todo aquello?

¿La posición del pobre Lucas no dependía de su voluntad? Sin duda; los Fargeas no eran ricos en *Gue-aux-Biches*, pero vivían con cierta independencia, ni envidiosos ni envidados y no les faltaba nada. Los Taunay no despedían jamás sin motivo á sus servidores,

Tenían, pues, el porvenir asegurado.

Oliverio se presentaba rodeado del prestigio de su nombre y de su título, y también con el de su distinción, elegancia y juventud.

Pero Solange adoraba á un sér á quien había dado el alma entera.

Y quería conservarse pura para ese cariño.

Así es que las ardientes miradas del conde, en contradicción con la ironica satisfacción que revelaban sus palabras, la advertían del peligro.

¡Peligro mucho mayor de lo que ella se figuraba!

Había desencadenado, con su presencia, una

verdadera tempestad en aquel calavera deónica conducta.

El conde se había propuesto que fuera su amante.

Aquella mañana, al ir á *Gue-aux-Biches*, juróse que de mal ó buen grado la conseguiría.

Después de todo, no esperaba una tenaz resistencia. Eso de que la hija del guarda, una *vasalla*, como las de remotos tiempos, pudiera resistir á sus entojos, se le hacía increíble.

—Escucha—dijo acercándose á la desgraciada, presa cada vez de mayor espanto, ~~una~~ cuando trataba de disimularlo;—no sé que tienen tus ojos, despiden fuego que me quemar la sangre. Aunque me lo propusiera no podría resistir. Quiéreme y obtendrás cuanto quieras.

Y todo se volvieron súplicas, ruegos, protestas. Trató de apoderarse de una de sus manos y de cubrirlas de besos, pero ella le rechazó.

—¡No puedo, no puedo!—exclamó Solange, pálida y temblorosa.

Una angustia terrible le oprimía el pecho. Estaba sola y la exaltación del conde era cada vez mayor y más imponente.

Trató de abrir la ventana y llamar.

El se colocó entre ella y la ventana y la detuvo.

Además, en aquel desierto, ¿que socorro podía esperar?

Quiso escapar por la cocina.